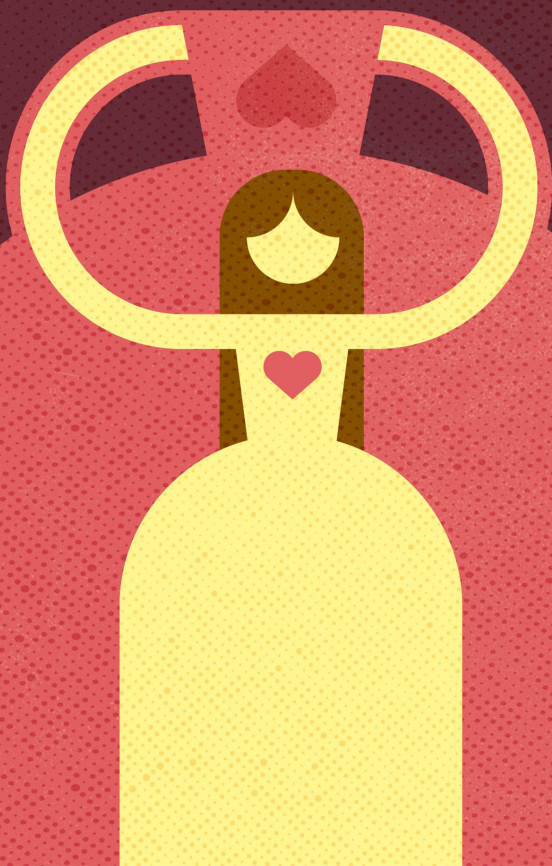


SENTIDOY SENSIBILIDAD

JANE
AUSTEN



booket

JANE AUSTEN

SENTIDO Y SENSIBILIDAD

Traducción y prólogo

Juan Bravo



Capítulo I

La familia Dashwood llevaba muchos años instalada en el condado de Sussex. Sus dominios eran extensos y su residencia habitual se hallaba en Norland Park, en el centro de sus propiedades, donde habían vivido muchas generaciones, gozando del respeto y la estima de sus vecinos. El anterior propietario de aquella heredad había sido un solterón que alcanzó una edad muy avanzada y, durante gran parte de su vida, había vivido con una hermana que hizo las funciones de compañera y ama de casa con absoluta fidelidad. Sin embargo, la muerte de esta mujer, sobrevenida diez años antes que la del buen caballero, supuso un cambio radical en su hogar. En efecto, para paliar dicha pérdida, el anciano invitó a establecerse en su propiedad a la familia de su sobrino, Mr. Henry Dashwood, heredero legal de aquellas propiedades, dado que era la persona a la que había decidido legar sus bienes. En compañía de su sobrino, su sobrina y los hijos de estos, el anciano fue dejando pasar sus días de forma apacible, de tal modo que el afecto que desde el principio sintió por ellos no hizo más que incrementarse. La constante solicitud del matrimonio por colmar sus menores deseos, dictada no solamente por su interés, sino también

por su bondadoso corazón, le proporcionó todo el bienestar que un hombre de su edad podía esperar de la vida; todo ello sin contar con la jovialidad que los niños aportaban al consuelo de su existencia.

De un primer matrimonio, Mr. Henry Dashwood tenía un hijo, y con su actual esposa, tres niñas. El muchacho, John, un mozo respetable y digno, contaba con medios más que suficientes, gracias a la considerable fortuna de su madre, que no era nada desdeñable, y de cuya mitad había entrado en posesión al alcanzar su mayoría de edad. Austero por naturaleza, acrecentó todavía más su patrimonio mediante un matrimonio celebrado poco después. Para él, por consiguiente, la sucesión en la heredad de Norland no revestía igual importancia que para sus hermanastras, pues la fortuna de estas, independientemente de lo que hubiera podido corresponderles en el caso de que su padre heredara aquella propiedad, resultaría casi insignificante. Mrs. Dashwood no poseía nada, y Mr. Dashwood tan solo disponía de siete mil libras como peculio propio. De la otra mitad de los bienes de su primera esposa, Henry Dashwood únicamente disfrutaba del simple usufructo, dado que la propiedad efectiva habría de pasar, fallecido él, a su hijo.

El anciano caballero falleció, y poco después se procedió a la lectura de su testamento, circunstancia que, como suele ser habitual, provocó tantas decepciones como alegrías. No llevó, obviamente, la injusticia y la ingratitud al punto de privar al sobrino de la propiedad de Norland, pero introducía una serie de disposiciones restrictivas que mermaban la mitad del valor del legado. Si Mr. Dashwood ambicionaba la herencia era más por su esposa e hijas que por él mismo o por su hijo. Pero, para asombro suyo, su tío, que parecía amarlo con tanta ternura, había legado Norland a su hijo y al hijo de este, de tal modo que él, Henry Dashwood, se veía en la imposibilidad de proveer

a los seres que más quería y que más necesitados se hallaban de obtener algún beneficio de la finca, ora otorgando la posesión y usufructo de una parte de la misma, ora previendo una parte de sus rentas, por ejemplo, del producto de la tala de sus espléndidos bosques. Todo había quedado perfectamente atado en beneficio de ese nieto, quien, en sus visitas ocasionales a Norland en compañía de sus padres, había sabido granjearse el cariño del anciano, merced a los encantos nada raros en los niños de dos o tres años —su manera graciosa de articular las palabras; su obstinado impulso de actuar a su antojo; por no hablar de sus continuas agudezas y carantoñas— que habían terminado por eclipsar todas las atenciones y mimos que durante años le habían dedicado la mujer y las hijas de su sobrino. El anciano en modo alguno tenía el sentimiento de haber sido ingrato con ellos, muy al contrario, y como señal de afecto y cariño había dejado mil libras a cada una de sus sobrinas nietas.

La decepción de Henry Dashwood, en un primer momento, fue profunda, pero, dado que era un hombre de temperamento jovial y optimista, pronto se consoló pensando que razonablemente podía esperar vivir muchos años más y, de ese modo, moderando sus gastos, ahorrar considerables sumas provenientes de las rentas de una propiedad tan extensa e incluso susceptible de mejoras inmediatas. Pero la fortuna, que tanto había tardado en llegar, fue suya tan solo un año. No vivió mucho más que su tío, de ahí que únicamente pudiera dejar a su desconsolada viuda y a sus hijas diez mil libras, incluyendo los últimos legados.

Tan pronto como sintió cernirse sobre él la amenaza de la muerte, Henry mandó llamar a su hijo y le rogó, con todo el ardor y la insistencia que le permitió su crítico estado, que se ocupara de la suerte de su madrastra y de sus hermanas.

Mr. John Dashwood carecía de la exquisita sensibilidad del resto de la familia, pero aun así no dejó de sentirse conmovido por la solemnidad del instante y por las tiernas súplicas de su progenitor, y no dudó en prometerle que haría cuanto estuviera en su mano para velar por ellas y procurarles una existencia decorosa. El padre se sintió aliviado ante tal promesa, y Mr. John Dashwood se puso tranquilamente a considerar cuánto estaría en su mano hacer juiciosamente por ellas.

El joven caballero era un hombre bien dispuesto. Pese a cierta frialdad y egoísmo presentes en su naturaleza, por lo general se le respetaba en su entorno por su modo de comportarse, siempre prudente y mesurado. Si hubiera tomado por esposa a una mujer más amable, habría gozado de una estima y una consideración mayores. El problema era que se había casado muy joven y profundamente enamorado de su esposa, una mujer irritable, egoísta y de mentalidad estrecha —una grotesca caricatura de su marido— que no tardó en dominarlo.

A raíz de la promesa hecha a su padre, John sopesó en su interior la posibilidad de aumentar la fortuna de sus hermanas dándoles mil libras a cada una. En aquel momento se sintió a la altura de tal cometido. La perspectiva de aumentar sus ingresos actuales con cuatro mil libras, que vendrían a sumarse a la mitad restante de la fortuna de su madre, le reconfortó el corazón y le hizo sentirse muy generoso. «Sí, les daría tres mil libras. ¡Cuán espléndido y generoso gesto! ¡Sería bastante para permitirles vivir con holgura! ¡Tres mil libras! Podría desprenderse de tan considerable suma sin ningún tipo de problema.» Pensó en ello durante todo el día, y durante otros muchos que siguieron, y no encontró motivos para arrepentirse.

No bien había concluido el funeral de su suegro cuando, sin previo aviso, se presentó la esposa de John Dashwood, acompañada de su hijo y sus criados. Nadie ha-

bría podido, lógicamente, discutirle el derecho a hacerlo: la casa pertenecía a su marido desde el instante mismo del fallecimiento de su padre; pero precisamente por eso se hacía evidente la indelicadeza de su conducta y todavía más para una mujer en la situación de Mrs. Dashwood. Sin embargo, era tan estricto el sentido del honor de la viuda, tan de índole romántica su generosidad, que cualquier ofensa de esa naturaleza, fuera quien fuese la causante, se tornaba para ella en fuente de imborrable malestar. La esposa de John Dashwood nunca había gozado del aprecio de nadie por parte de la familia de su marido, pero hasta ese momento no había tenido oportunidad de sacar a relucir hasta qué punto, cuando la ocasión se lo permitiera, era capaz de mostrar su escasa consideración con los demás.

Tanto había sentido Mrs. Dashwood aquella conducta desconsiderada, y tan intenso desdén hacia su nuera le produjo, que habría abandonado Norland Park para siempre de no haber sido porque, primero, los ruegos de su hija mayor la indujeron a plantearse las consecuencias de una marcha tan brusca, y, más tarde, por el tierno afecto que sentía por sus tres hijas, circunstancia que la convenció para quedarse, evitando de ese modo una dolorosa ruptura con su hermanastro.

Elinor, la hija mayor, cuya recomendación había resultado tan eficaz, poseía un notable discernimiento y una gran imparcialidad en sus juicios que la facultaban, pese a no contar con más de diecinueve años, para aconsejar a su madre, contrarrestando así con frecuencia, en beneficio de toda la familia, la impulsividad de Mrs. Dashwood que tan a menudo le hacía incurrir en imprudencias. Elinor tenía además muy buen corazón, un carácter afectuoso y vehementes sentimientos. Pero sabía cómo gobernarlos; algo que su madre todavía tenía que aprender, y que la hermana que la seguía en edad había resuelto no aprender nunca.

Las cualidades de Marianne estaban, en muchos aspectos, a la par de las de Elinor. Era una joven de gran sensibilidad y buen juicio, pero tan apasionada en todo que ni sus penas ni sus alegrías conocían la moderación. Era generosa, amable, atrayente; todo, menos prudente. El parecido con su madre resultaba llamativo.

Elinor advertía con preocupación los excesos de la sensibilidad de su hermana, pero Mrs. Dashwood los valoraba y apreciaba. En las actuales circunstancias, Marianne y su madre parecían rivalizar en la violencia de su aflicción. De manera voluntaria renovaban el sufrimiento con la misma intensidad que las embargó en un primer momento, buscándolo y recreándolo una y otra vez. Se entregaban en cuerpo y alma a su dolor, procurando acrecentar sus desdichas mediante cualquier reflexión que pudiera contribuir a ello, y rechazaban incluso la posibilidad de hallar consuelo en el futuro. También Elinor estaba hondamente afligida, pero eso no le impedía luchar y esforzarse. Habló con su hermano, recibió a su cuñada cuando llegó, tratándola con la debida consideración, e incluso hizo todo lo posible para que su madre obrara y se mostrara tan indulgente como ella.

Margaret, la hermana más joven, era una muchacha alegre y bien dispuesta, pero como ya había absorbido una buena dosis de las ideas románticas de Marianne, sin tener su cordura, no prometía, a sus trece años, tanto como sus dos hermanas mayores.

Capítulo II

La esposa de John Dashwood se instaló, pues, como dueña y señora de Norland, en tanto su suegra y cuñadas quedaron relegadas a la condición de huéspedes. Como tales, no obstante, recibían de ella un trato cortés, y de su marido, toda la amabilidad que era capaz de manifestar hacia cualquiera más allá de sí mismo, su mujer y su hijito. A decir verdad, John insistió, con toda la sinceridad de que era capaz de expresar, en que consideraran Norland como su hogar; y dado que Mrs. Dashwood no tenía en mente ningún proyecto concreto más apropiado hasta que estuvieran en disposición de mudarse a una casa de los alrededores, aceptó la invitación de John.

Seguir viviendo en un lugar donde todo le recordaba a su antigua felicidad era justamente lo que convenía al estado de ánimo de la viuda. En las épocas venturosas nadie se hubiera mostrado más alegre que ella, ni en posesión de esa optimista perspectiva de felicidad que constituye la felicidad en sí misma. Pero en los momentos de dolor y desdicha se dejaba llevar por su propia fantasía, y se mostraba tan inconsolable como acendrada se había mostrado en las épocas felices. No existía para ella el término medio.

La esposa de John Dashwood no aprobaba en modo

alguno lo que su marido se proponía hacer por sus hermanastras. Reducir en tres mil libras la fortuna de su querido hijito significaría empobrecerlo de la manera más espantosa. Suplicó, por tanto, a su marido que reconsiderara su decisión. ¿Cómo podría justificar ante su propia conciencia la acción de privar a su hijo, su único hijo, de una suma tan importante? ¿Y qué derecho podrían esgrimir las hermanas, que tan solo lo eran por sangre paterna —lo que para ella no suponía parentesco alguno— para reclamar de la generosidad de su hermanastro una cantidad tan importante? Era bien sabido que nadie creía que existiera el menor afecto entre los hijos de un hombre habidos en distintos matrimonios. Así pues, ¿por qué arruinarse él mismo y arruinar a su pobrecito Harry regalando todo su dinero a sus hermanastras?

—Fue la última voluntad de mi padre —alegó su marido—, que ayudara a su viuda y a sus hijas.

—Es muy probable que ni siquiera supiera en ese momento de qué estaba hablando. Diez contra uno a que ya no estaba muy en sus cabales cuando te lo dijo. De haber estado en su sano juicio no se le habría ocurrido la descabellada idea de exigirte que despojaras a tu hijo de la mitad de su fortuna.

—Querida Fanny, él no estipuló una cantidad precisa; únicamente me rogó, en términos generales, que las ayudara y que hiciera cuanto estuviese en mi mano para que ellas pudieran gozar de una situación más desahogada que la que él hubiera podido proporcionarles. Es muy posible que hubiera hecho lo mismo si lo hubiese dejado todo a mi criterio. Estoy seguro de que en ningún momento pasó por su cabeza que yo fuera capaz de abandonarlas a su suerte. Pero como él requirió mi promesa, no pude menos de acceder a sus deseos. Al menos, fue lo que pensé en ese instante. Sea como sea, la promesa fue dada y no me queda más remedio que cumplirla. Cuando aban-

donen Norland y se establezcan en un nuevo hogar, han de contar con medios suficientes.

—Muy bien, de acuerdo. Habrá que hacer algo por ellas, pero ese algo no tiene por qué ser necesariamente tres mil libras. Ten en cuenta —añadió— que cuando el dinero se marcha, nunca vuelve. Tus hermanas se casarán y el dinero se habrá ido para siempre. Si al menos pudiéramos hallar la forma de que algún día se lo pudieran devolver a nuestro pobre hijito...

—Desde luego, porque de tener esa certeza —repuso su esposo con gran seriedad—, eso lo cambiaría todo. Podría llegar un momento en que Harry lamentara que nos hubiéramos desprendido de una suma tan considerable. En el caso, por ejemplo, de llegar a tener una familia numerosa, la devolución no le vendría nada mal.

—Sin duda.

—En ese caso, sería mejor para todas las partes que la cantidad se redujera a la mitad. ¡Quinientas libras supondrían un enorme incremento en sus fortunas!

—¡Más que considerable! ¿Qué hermano en el mundo haría siquiera la mitad por sus hermanas, aunque fuesen de verdad hermanas suyas? Porque la realidad es que tan solo lo son a medias. Pero hay que reconocer que tú tienes un espíritu tan generoso...

—No me gustaría pasar por mezquino —replicó John—. En ocasiones así, es mejor pecar por exceso que por defecto. Nadie podrá decir que no he hecho lo bastante por mis hermanas, ni siquiera ellas mismas podrían esperar más.

—Imposible saber lo que ellas esperan —replicó la mujer—, pero no nos corresponde a nosotros pensar en sus expectativas. El problema estriba en lo que tú te puedes permitir conceder.

—Ciertamente, creo que podría permitirme darles quinientas libras a cada una. Tal como están las cosas, sin

ninguna contribución por mi parte, cada una recibirá unas tres mil libras a la muerte de su madre, una fortuna nada despreciable para cualquier jovencita.

—Por supuesto. Y es por eso por lo que me sorprende que deseen ninguna suma adicional. Tendrán diez mil libras a dividir entre ellas. Si se casan, se asegurarán un buen matrimonio, y si no lo hacen, podrán vivir desahogadamente con los intereses de las diez mil libras.

—Eso es cierto, y en tal caso pienso que quizás fuera más aconsejable hacer algo por su madre mientras viva, antes que por ellas..., algo como una renta vitalicia. Mis hermanas se beneficiarían de los resultados de esta solución tanto como ella. Un centenar de libras al año les permitiría vivir con holgura.

Su esposa, sin embargo, vaciló un momento, antes de otorgar su aprobación a dicho plan.

—De todos modos —afirmó ella—, es mejor que darles mil quinientas libras de una vez. Pero en ese caso, si Mrs. Dashwood viviera más de quince años, saldríamos perdiendo.

—¡Pero qué dices, quince años! Mi querida Fanny, dudo mucho que su vida pueda prolongarse más allá de la mitad de esos años.¹

—No lo creas. Si te fijas un poco, la gente siempre vive eternamente cuando hay una renta vitalicia de por medio. Ella es una mujer fuerte, robusta y apenas ha cumplido los cuarenta. Una renta vitalicia es un asunto muy serio; hay que pagarla año tras año, y no hay manera de librarse de ella. Hacerlo es una insensatez. Conozco bien los problemas que acarrear las pensiones anuales. Mi madre, por no ir más le-

1. Tal como se precisará unas líneas más abajo, Mrs. Dashwood tiene en ese momento cuarenta años. La esperanza de vida era por aquel entonces considerablemente menor que hoy. (*Todas las notas son del traductor.*)

jos, los padeció al verse atada por la obligación de tener que pagar a tres antiguos sirvientes jubilados, tal y como mi padre lo había establecido en su testamento. No te puedes imaginar lo desagradable que le resultó. Había que abonar tales cantidades dos veces al año; y además estaba el problema de hacérselas llegar a cada uno. Un día nos enteramos de que uno de ellos había muerto, y luego resultó que no era cierto. A mi madre aquello la sacaba de quicio. Con aquellas obligaciones perpetuas, sus rentas no parecían suyas. Fue un tremendo error por parte de mi padre, porque, de lo contrario, todo el dinero habría estado totalmente a la disposición de mi madre, sin restricción alguna. No te extrañe, por tanto, mi aborrecimiento por esas pensiones vitalicias; ni por todo el oro del mundo me comprometería a pagar una.

—Debe ser sin duda una cosa muy desagradable —replicó Mr. Dashwood— encontrarse cada año con una merma así en los ingresos de uno. Es como si los bienes con que uno cuenta, tal y como decía tu madre, no fueran tuyos. Verse obligado a pagar regularmente una suma de tal calibre necesariamente tiene que resultar un martirio, hasta el punto de privarte de tu independencia.

—Tienes mucha razón, y luego ni te dan las gracias. Esas personas se sienten con las espaldas bien cubiertas; piensan que lo que hacemos no es más que lo que se espera que hagas, y ello no despierta gratitud alguna. Si estuviera en tu lugar, aquello que les diera lo haría según mi propio criterio, sin comprometerme a hacer entrega de una cantidad fija anual. Algunos años podría resultar muy inconveniente desprenderse de cien, o incluso de cincuenta libras, sacándolas de nuestros propios gastos.

—Querida, me parece que estás en lo cierto. Nada, pues, de anualidades; cualquier cosa que se les pueda dar ocasionalmente les será de más ayuda que una dotación anual, porque, en el caso de tener asegurada una renta concreta todos los años, lo único que harían sería elevar

su estilo de vida, y al cabo del año no habrían ahorrado ni un penique. Me parece lo más acertado. Un regalo de cincuenta libras de vez en cuando evitará que pasen estrecheces económicas y satisfará, creo, con creces la promesa que hice a mi padre en su lecho de muerte.

—Naturalmente que lo hará. Y además, para serte sincera, te diré que estoy profundamente convencida de que la idea de tu padre no era ni mucho menos que les dieras dinero alguno. Lo que esperaba probablemente, en mi opinión, era que les prestaras la ayuda que razonablemente pudieras; como, por ejemplo, buscarles una buena y cómoda casita, ayudarlas a hacer la mudanza, enviarles algún presente de pesca y caza. Apostaría cualquier cosa a que no pasaba de ahí lo que te proponía; en verdad, habría resultado bastante raro e improcedente si hubiera pretendido otra cosa. Considera, querido Mr. Dashwood, con cuánto desahogo van a poder vivir tu madre y tus hermanas con los intereses de sus siete mil libras, además de las mil de cada una de las chicas, que les van a aportar una renta de cincuenta libras anuales por cabeza, con las que pagarán, naturalmente, a su madre por la manutención y el alojamiento. Entre todas dispondrán de quinientas libras anuales, y ¿para qué querrían más que eso? ¡Vivirán las cuatro con muy poco dinero! Apenas tendrán gastos. Su estilo de vida será muy discreto. No necesitarán coches, ni caballos, ni casi ningún sirviente. Apenas recibirán visitas. Imagínate, pues, el desahogo con que van a vivir. ¡Quinientas libras anuales! No imagino cómo se las arreglaran para gastar siquiera la mitad; y, en cuanto a lo que tú les des más, es de todo punto absurdo pensar en ello. No me cabe la menor duda de que serán ellas las que estén en mejores condiciones de darte algo a ti.

—Caramba —dijo Mr. Dashwood—, creo que tienes toda la razón. Ahora entiendo que cuando me hizo aquel ruego, mi padre no tenía otra idea que la que tú acabas de

exponer. Lo veo muy claro ahora, y me limitaré, pues, a cumplir mi promesa prestándoles ayuda cuando sea menester y con manifestaciones de consideración como las que acabas de sugerir. Cuando mi madre decida mudarse a otra casa, me pondré a su servicio para que se acomode de la mejor manera que pueda. Tal vez incluso podría, llegado ese momento, obsequiarla con alguna pieza de nuestro ajuar.

—Por supuesto —replicó su mujer—. De todos modos, hay una cosa que debemos tener en cuenta. Cuando tu padre y tu madrastra vinieron a Norland, aunque vendieron el mobiliario de Stanhill, conservaron toda la vajilla de porcelana, así como la cubertería de plata y la mantelería, que pasaron a ser propiedad de la viuda. De modo, pues, que su futuro hogar estará provisto de casi todo lo necesario en el momento que lo ocupen.

—Esa es una consideración de la mayor importancia. ¡Un legado valioso, claro que sí! Algunas de aquellas piezas no desentonarían con las nuestras.

—Sí, y el servicio de porcelana para el desayuno es dos veces más elegante que el que disponemos en esta casa. Demasiado elegante, a mi juicio, para cualquiera de los lugares en que ellas puedan permitirse vivir. Pero, en fin, las cosas son como son. Tu padre solo pensó en ellas. Y me vas a permitir que te diga que, en mi opinión, no le debes ninguna gratitud expresa, ni has de preocuparte en demasía por cumplir sus deseos, ya que todos sabemos que, de haber podido, les habría dejado a ellas en herencia casi todo lo que poseía en el mundo.

Aquel argumento fue incontestable, hasta el punto de que John hallara en él la fuerza que hasta ese instante le había faltado para llevar a cabo sus planes; por lo que finalmente llegó a la conclusión de que sería absolutamente innecesario, e incluso indecoroso, hacer por la viuda y por las hijas de su padre cualquier cosa que no fuera esos gestos de buena vecindad que su propia esposa le había indicado.

Capítulo III

Mrs. Dashwood permaneció en Norland varios meses, y no porque fuera reacia a mudarse una vez que los lugares que tan bien conocía dejaran de despertarle las violentas emociones que le habían causado durante cierto tiempo; ahora bien, para cuando su espíritu empezó a revivir y su mente pudo dedicarse a algo más que agudizar su aflicción con recuerdos melancólicos, se llenó de impaciencia por partir y sin descanso empezó a hacer pesquisas para hallar una vivienda adecuada en las proximidades de Norland, ya que le resultaba extremadamente doloroso alejarse de ese entrañable lugar. Pero no le llegaba noticia de ninguna que satisficiera sus exigencias de confort y de tranquilidad, y que, además, se aviniera a los dictados de prudencia de su hija mayor, cuyo sentido común, superior al de su madre, la llevó a rechazar varias casas por estar por encima de sus ingresos, y ello pese a que su madre las habría aprobado.

Antes de fallecer, su marido había informado a Mrs. Dashwood de la solemne promesa hecha por su hijo en favor de ella y de sus hijas, lo cual había sosegado sus últimos pensamientos en este mundo. Ella no dudaba de la sinceridad de aquella promesa, como tampoco había du-